

LO QUE HA SIDO JESUCRISTO

ANTES DE LOS SIGLOS

*Jesuchristus heri et hodie: ipse et in
Saecula.*

Jesucristo el mismo que ayer es hoy:
y lo será por los siglos de los siglos.

(S. PABLO. Carta á los Hebreos, c. XIII,
v. 18.)

La grandeza de Jesús obscurece y aniquila toda humana grandeza; es una grandeza la más propia para significar y caracterizar á un hombre Dios. Jesucristo, hermanos míos, pertenece á todas las edades, abarca todas las naciones; El es la piedra fundamental donde descansa el Universo; El, el vínculo que enlaza todos los tiempos y todos los pueblos; El, ya existía antes de nacer, y aunque nació, padeció muchos siglos, vivía ya en los designios de Dios, en la esperanza del mundo, en la historia de las naciones. No advierta, enhorabuena, el hombre carnal en los fastos del Universo, en las mudanzas y sucesiones de los imperios sino bullicios y alborotos de pasiones humanas, ni descubra en él sino efectos felices de la política y del valor; estragos sangrientos de la ambición; antojos y caprichos de la fortuna: que el cristiano verdadero no fija su atención en la corteza y superficie de los acontecimientos, sino que ilustrado por la fe, penetra hasta el principio y origen de las cosas; y por todas partes y en todas ellas ve á Jesús, de quien está escrito que es el primero y el último; el principio y el término de los caminos eternos, y que así como todas las cosas fueron hechas por El, así también fueron todas hechas para El.

Hoy, pues, hermanos míos, al hablaros de Cristo Jesús, lo haré, valiéndome de una idea tomada de las palabras del Apóstol: *Jesucristo el mismo que ayer es hoy, y lo será por los siglos de los siglos*, idea tan vasta, que no cabe en el mundo, que traspasa los tiempos, y que es inexplicable si ha de analizarse con exactitud y desenvolverse en

toda su extensión. Concretándome en estos momentos á la primera parte de la misma, os manifestaré lo que fué Jesucristo ayer, esto es, antes de todos los siglos. Mas antes imploremos el Auxilio Divino.
Ave María.

Jesuchristus heri: Jesucristo ayer, esto es: Jesucristo antes de los siglos; Jesucristo desde la eternidad preexistente á la creación del universo. Esta es la primera época en que hemos de estudiar á Jesucristo; en el principio antes de todas las cosas era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Estaba el Verbo en Dios desde la eternidad, y todas las cosas fueron hechas por él, y nada de lo que fué hecho, se hizo sin él. En él estaba la vida. Esto y sólo esto pudo decir San Juan, y ni esto podemos entender ni explicar dignamente; sabemos que la persona de Cristo es el Verbo eterno engendrado por el Padre en el hoy de la eternidad de su misma naturaleza, consubstancial á él; sabemos que este Verbo es la segunda persona de la beatísima Trinidad, que no existe fuera de su Padre, sino en el mismo Padre, porque su esencia es la esencia del Padre, y su existencia es su esencia misma. Sabemos que este Verbo Hijo del Padre es la sabiduría del Padre, y que esta sabiduría concibió al universo, y lo crió de la nada. Esta es la única glosa que la teología católica nos da de aquellas sublimes expresiones del Águila de los evangelistas. Pero ¿quién es capaz de investigar lo que es esta sabiduría de Dios que preexistió á todas las cosas? *Sapientiam Dei procedentem omnia quibus investigavit?* El único medio de que podemos valernos para alcanzar algo de lo que era Jesucristo, sabiduría substancial del Padre en la eternidad, es poner la vista en esta obra suya, que es el universo; pues que por la grandeza y hermosura de las criaturas nos dice el Espíritu Santo, que puede rastreade la belleza y magnitud del Criador. Y aunque en Dios, en esta sabiduría, el idear su obra es un acto sólo de su entendimiento, sin trabajo, sin estudio, sin reflexión, ni reparo ni enmienda, sin combinar ni discurrir, sin necesidad de ordenar las partes unas después de otras; y el pensarlo, el quererlo y el hacerlo, cuando lo plugo fué todo una misma cosa; con todo, el Espíritu Santo, para traducirnos este modo de obrar simplicísimo de Dios en un lenguaje en que nosotros podamos entenderlo, nos representa al Verbo eterno ocupado en bosquejar allá en la eternidad el diseño del mundo, en tirar sus líneas y tomar sus medidas en el espacio. El Señor, nos dice el Verbo mismo, el Señor, esto es, mi Padre eterno, me poseyó en el principio de sus caminos, antes de echar mano á su obra. Yo estaba con él, cuando

preparaba los cielos, cuando fijaba las leyes á que habian de obedecer los cuerpos esparcidos por los abismos del espacio, cuando compaseaba las órbitas que habia de describir cada astro, cuando nivelaba las aguas sobre el aire y sobre la tierra, cuando las encerraba en los mares, fijando el equilibrio que debian guardar en los continentes, cuando echaba la plomada para sentar los cimientos de este globo; entonces estaba con mi Padre ordenándolo y arreglándolo todo; esta era la ocupación en que me recreaba en aquellos eternos dias: *delectabar per singulos dies*; festivo y gozoso en su compañía por toda aquella eternidad que precedió á la creación, *ludens coram eo omni tempore*, deleitábame contemplando el diseño tan acabado y perfecto de mi obra: *ludens in orbe terrarum*; pero sobre todo me complacía considerando al hombre, obra prima y maestra de mis manos. *Delitiae meae esse cum filiis hominum*. Ni es extraño ni impropio de la majestad del Verbo este divino gozo, este eterno deleite al mirar y remirar el diseño de su obra; porque si después de fabricada le agradó tanto, que la tuvo por muy buena; si aun ahora se alegra y se complace en ella, ¿cuánto más se alegraría y se complacería contemplándola dentro de sí mismo, donde la imperfección de los materiales no habia menoscabado la belleza del original, donde todo era vida, todo era ser, todo era divino? Nosotros, siguiendo el estilo del Espíritu Santo, rastremos algún tanto la sabiduría del Artífice por la belleza y perfección de la obra; aprendamos á conocer al Verbo contemplando con una ojeada este universo. ¡Qué unidad tan exacta en un plan tan vasto! ¡Qué contrastes tan varios, manejados con qué destreza! ¡Qué armonia tan graciosa en la combinación de las partes! ¡Qué sencillez en los resortes que mueven esta mole! ¡Qué fecundidad en los resultados del juego reciproco de los seres unos con otros! Cada ser ocupa su lugar, cada cosa está colocada en su sitio. No hay un rasgo de pincel débil. El dibujo es la regla de toda exactitud, aun en los trozos que parecen más descuidados. La expresión es vida, movimiento, alma que exhala sentimientos dulces, respira gracias, y jamás se debilita ni cansa, siempre inmortal, joven y vigorosa y nueva. El colorido tiene tan vivas tintas y tan fuertes, como suaves y delicadas degradaciones. El claro-oscuro pone maravillosamente cada cosa á la luz que se la debe dar para que haga su efecto. Todo se encuentra fácil, todo inimitable en este cuadro inmenso. ¡Bendita mil veces la mano que guió tal pincel! Pero hablemos más claro: si tuviéramos ojos para ver y oídos para oír todo lo que nos dice ese cielo mudo, pero elocuyente, callado, pero suavísimamente armonioso; si pudiéramos observar las ocultas y admirables opera-

ciones que se están de continuo haciendo en este globo para producir los primeros elementos de nuestra subsistencia; cómo la luz y el calor animan y conmueven las partes más inertes y brutas, y componen con ellas los aires, los vapores, las aguas y las tierras; si penetráramos por las entrañas de esta gran masa, y descubriéramos y siguiéramos sus arterias y venas por donde corren los raudales que forman las fuentes y los rios; si colocados, como allá fingía Tulio á su Escipión, á proporcionada altura en la atmósfera, viéramos ir pasando por delante de nuestra vista toda la superficie del globo: allí bañada de mares espaciosos poblados de innumerables peces, aquí erizada con ásperas cordilleras de montañas altísimas, acá cubierta de bosques espesimos de carpulmentos árboles, acullá extendida en prados y llanuras inmensas esmaltadas de flores, las blancas nieves de los polos contrastando con los tostados arenales de la zona tórrida, y todo animado de aves, de fieras, de reptiles, de insectos; si nos detenemos al cabo contemplando al hombre, dueño y esclavo de la naturaleza, el ser más fuerte, la criatura más débil, el primor más rematado del poder supremo... ¡qué magníficas son, Señor, tus obras! ¡Obras son de tu sabiduría animadas de tu divino ser! Esta es la obra por la que se nos da á conocer el Verbo su Artífice, enseñándonos que es incomprendible. *Hoc quod est, Deum estimari facit, Deum estimari non capit*, como agudamente decia Tertuliano.

Mas ¿para qué crió Dios este universo? En esto es donde más se descubre la grandeza de Cristo. Habia Dios determinado criar el mundo para darse á conocer, y hacerse amar y alabar de sus criaturas; y para que este conocimiento, este amor, estas alabanzas fuesen dignas de Dios, debian tributarsele por persona proporcionada á su majestad infinita; pero no lo era criatura alguna. En la serie de éstas, por más que se acercasen á la perfección, como el hombre y el querubín, quedaba siempre una distancia inmensa, hasta llegar á Dios. Faltaba en la cadena el principal eslabón, que debía unir lo infinito á lo finito, lo increado á la criatura; y así como en todo el resto de la naturaleza no hay salto alguno, no hay corte que separe unas cosas de otras de golpe y sin orden, tampoco podia haberlo de la criatura al Criador. Por eso en el principio de los consejos de Dios, *in capite libri*, estaba resuelto, como el primero y principal de sus secretos, que ese mismo Verbo, por quien era hecho el universo, se uniese á nuestra naturaleza, y haciéndose hombre enlazase maravillosamente al Criador con todas las criaturas. Sin esto el universo habria sido lo que un hombre sin cabeza y sin alma. Y pues estamos viendo que la cabeza es el principal de todos los miembros del cuer-

po humano, y que todos los demás miembros parece se han hecho para servirla, así Cristo es el primero, el principal miembro del universo; y el universo entero y todas sus partes y cada una de ellas se criaron y dispusieron para su servicio y ornato correspondiente á su majestad. *In ornamentum majestatis sue*, que es la expresión de Tertuliano. Este mundo que vemos no es más que el palacio de Cristo, este es el alcázar del Verbo. El Padre, al enviarle al mundo hecho hombre, despliega delante de él la luz y los astros, y forma de los cielos el rico pabellón de su Hijo; desarrolla este globo, y las alfombras de flores son preciosos tapices que le sirven de pavimento. Esas nubes de nácar recamadas de oro son el trono que le prepara para que desde él residencie á los hombres. El trueno y los rayos son la orquesta é iluminación que anuncian su venida; los bramidos de las ondas del mar y los ríos son las palmadas de regocijo con que lo aplauden las aguas; las rocas y montañas, descuajadas por los vaivenes del terremoto, festivas saltan y bailan también á su modo para celebrarlo; los árboles tronchados por el huracán se posttran para recibirlo humillados; los peces, las aves, todos los animales cebados por su mano, reconocen festivos á su Dios en Cristo, y Jesucristo es ayer como hoy el principio y el fin de todas las cosas, porque él hizo el mundo, y el mundo se hizo para él. *In ornamentum majestatis sue*.

He aquí, hermanos míos, lo que ha sido Jesucristo, antes de todos los siglos, Verbo eterno, artífice del Universo. ¡Oh, Jesús mío, tú fuiste ayer para nosotros Criador; sed hoy, durante nuestra vida, luz, gracia y sostén, para que con nuestros actos te glorifiquemos á fin de ser dignos algún día de que seas tú nuestro galardón y felicidad eterna por los siglos de los siglos. *Jesuschristus heri et hodie: ipse et in secula*.

LO QUE HA SIDO Y ES JESUCRISTO

DESDE EL

PRINCIPIO HASTA EL FIN DE LOS SIGLOS

Jesuschristus heri et hodie: ipse et in secula.

Jesucristo el mismo que ayer es hoy: y lo será por los siglos de los siglos.

(S. PABLO. Carta á los Hebreos, c. XIII, v. 18.)

Al enviar el Eterno Padre á su Hijo al mundo, unido á nuestra humana naturaleza, para redimirnos, hermanos míos muy amados, lo adorna y reviste de gloria, gloria tal cual correspondía al Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad; pone todas las cosas en sus manos, lo hace depositario de su omnipotencia, y durante el curso de muchos siglos, envía personajes ilustres que le precedan y anuncien su venida, hasta que, acercándose ésta, viene el Bautista, manifestando á su pueblo que Aquel á quien esperaron sus padres, y que les habían prometido los profetas, vivía ya entre ellos. Juan da testimonio y declara á todo el pueblo, que allí tienen al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, señalándolo con el dedo en las riberas del Jordán, y publica que había visto descender sobre él el Espíritu Santo y oído la voz de Dios Padre, que desde los cielos le declaraba Hijo amado suyo, en quien se complacía desde la eternidad. Finalmente, en el monte Tabor se repite la misma escena y delante de Moisés y de Elías, de Pedro, Santiago y Juan, suena la misma voz del Padre, y estos tres apóstoles dan testimonio de haberlo oído, en su predicación, en sus epístolas y en su evangelio.

Mas á pesar de la brillantez y majestad con que recibe Jesucristo unas credenciales tan irrecusables, que acreditaban su origen y misión divina, todavía el mundo no le conoce, y viniendo á habitar en su casa no le reciben en ella los suyos; misterio de ceguedad digno,

ciertamente, de admiración, arcano profundo de ingratitud del pueblo hebreo, que hizo exclamar al mismo Jesucristo: *Te adoro y te venero, Padre mío y Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y á los prudentes, y las revelaste á los pequeños.*

¿Y nosotros, hermanos míos, somos del número de estos últimos, conocemos bien á Jesucristo? Sabéis ya, como os demostré, lo que fué Jesucristo antes de todos los siglos, ayer (1). Vamos ahora, á fin de conocerle más y más, á explicaros lo que es hoy, desde el principio del mundo hasta el fin de los siglos. Por vos, ¡oh, Señora! el Verbo del Padre, tomando en vuestras virginales entrañas nuestra naturaleza, y dándose á conocer hecho hombre, se hizo sensible á los ojos de nuestra carne; haced que hoy, por Vos, se dé á conocer á los ojos de nuestro espíritu. *Ave María.*

Jesuchristus hodie. Jesucristo hoy. Este hoy es el hoy del tiempo, desde el principio del mundo hasta el fin de los siglos. Para saber lo que es Jesucristo hoy, debemos subir al principio de los tiempos. Cuando el mundo, apenas había salido de las manos de su autor, entonces los espíritus celestiales los primeros cánticos en alabanza suya, y los astros y todas las criaturas, cada una á su modo, celebraban su gloria: *Cum me laudarent simul astra matutina et jubilarent omnes filii Dei.* Luego se desconcierta una parte de aquellos espíritus, rebelándose contra su Dios, y precipitados de la cumbre de felicidad en que fueron criados, pagan su delito reducidos al mayor abatimiento y miseria, y no sólo eso, sino que envidiosos de la suerte del hombre inocente, lo seducen para hacerlo participante de su desgracia, haciéndolo cómplice de su culpa. Con estos desórdenes todo se trastorna; se frustran los planes del Criador, quien habiéndose propuesto hacer orientación de su bondad en sus criaturas, no le dan éstas sino motivo para desplegar su justicia. Era necesario reparar la obra entera, si había de servir para lo que se hizo; nadie podía repararla sino su Artífice; y Jesucristo, sabiduría increada del Padre, que la había hecho, unido á nuestra naturaleza, es su reparador. Para repararla se propone formar en la tierra un reino suyo, entresacando de la naturaleza viciada los que quiso para vasallos suyos. Reino que empezó en los desgraciados padres del género humano, y abarca á los hombres de todos los siglos. Este reino es la Iglesia de Jesucristo, y por de contado se echa ya de ver en este plan de reparación, que todo el

(1) Véase el sermón anterior.

universo es para la Iglesia, y en la Iglesia todo es para Jesucristo.

No quiero, decía San Pablo, que ignoreis este gran misterio, que abraza toda la economía del gobierno de Cristo en la reparación del género humano, y se reduce á estas dos palabras: que encerró Dios á todos los hombres en la incredulidad, para mostrarse misericordioso con todos. *Conclusit omnia in incredulitate ut omnium miseretur.* Dejó Dios al hombre pecador en las tinieblas, en que se había sumido, y permite que se precipite á los más horribles desórdenes; su entendimiento padece una ignorancia asombrosa; su voluntad es esclava de las más infames pasiones. Ciego y frenético, cada vez más obstinado en sus errores y más sin freno en sus crímenes, corre desbocado de generación en generación por espacio de veinticinco siglos, sin que sean capaces de contenerlo ni las aguas del Diluvio, ni el fuego de Sodoma, ni algún otro de los terribles castigos, con que el Señor intentaba reprimir su osadía, y hacerle entrar dentro de sí mismo para enmendarse. En el Sinaí comienza á abrirle los ojos del entendimiento por el ministerio de Moisés, y en el Calvario aplica á su alma la medicina de su gracia, fruto de su preciosa sangre; en el Sinaí graba su ley en dos tablas de piedra, en el Calvario se la escribe en el corazón con el dedo de su Espíritu; en el Sinaí habla solamente al pueblo de Israel, en el Calvario llama á su reino al pueblo gentil; en la primera época todo el género humano es incrédulo, á excepción de muy pocas familias; en la segunda es general la incredulidad en todas las naciones, á excepción de la hebrea; en la tercera incurre ésta en la incredulidad de las otras naciones, y éstas entran en el reino de Cristo por medio de la fe. Llegará después de estas épocas otra más feliz, en la cual el Señor se compadecerá de todos, todos los pueblos entrarán á constituir su reino; habitará el lobo gentil con el cordero israelita, y de todas las naciones formará Cristo su rebaño, y él solo será su pastor. Y así como el pueblo gentil incrédulo recibió la gracia de la fe por la incredulidad del pueblo hebreo en la venida de Cristo al mundo, así el pueblo hebreo se hizo entonces indigno de esta misericordia para poderla alcanzar algún día. *Isti non crederunt in vestram misericordiam, ut et ipsi misericordiam consequantur.* Tal es el plan sobre que trazó el Redentor la reparación de su obra: plan de profunda e incomprensible sabiduría, que hacía exclamar al apóstol: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios! ¡Cuán investigables son sus caminos! Tanto mal era necesario sin duda, para que el hombre prevaricador conociese su enfermedad y el valor de la medicina; que él nada traía de bueno á la Iglesia, y que

su predestinación, su vocación, su justificación eran enteramente gratuitas. Por eso decía yo, que todo en el universo es para este reino de Cristo: las ignorancias y los errores sirven para buscar la luz y apreciarla; los crímenes y desórdenes sirven para sentir la depravación de la voluntad, y solicitar la medicina. Malos y buenos, incrédulos y creyentes, justos y pecadores, todos, sin querer unos, y otros queriendo, trabajan por la prosperidad de este reino. Nabuco y Ciro, Antioco y Tolomeo, Augusto y Nerón, Constantino y Juliano, Arrio y Atanasio, Agustín y Pelagio, Lutero y Colón, todos engrandecen la Iglesia, todos la consolidan, todos la adornan con nuevos trofeos de gloriosos triunfos: unos persiguiéndola, la ennoblecen con mártires; otros combatiéndola, la ilustran con doctores; unos muriendo en su defensa, la presentan invencible; otros defendiéndola, la hacen aparecer columna y firmamento de verdad. De esta manera sirven a la Iglesia los malos para corrección de los buenos, y malos y buenos cumplen la voluntad de Dios, que todo lo hizo para sus escogidos. *Omnia propter electos.* Todo para su Iglesia, y ésta para Cristo.

Jesucristo es el alma, el Pontífice, el Esposo de la Iglesia. Cristo es el alma, esto es, el principio de todas las acciones sobrenaturales, que hacemos todos los miembros del cuerpo de su Iglesia. Así como el alma del hombre por medio de los nervios difunde por todos los miembros del cuerpo humano su virtud y su vida, así Jesucristo por medio de su gracia comunica a todos los miembros de su Iglesia el vigor y fuerza necesaria para obrar bien en el orden sobrenatural: la constancia a los mártires, la ciencia a los doctores, la pureza a las vírgenes; por su gracia creemos, por su gracia esperamos, y su Espíritu divino difundido en nuestros corazones, enciende en ellos la caridad. Sin él no podemos hacer cosa buena, y todas nuestras buenas obras son obras de su gracia hechas libremente por nuestra voluntad: *Omnia opera nostra operatus es nobis.* Cristo es el Pontífice eterno de los bienes futuros, según el orden de Melquisedec, que forma en el corazón de sus fieles aquellos gemidos, que son las oraciones de su Iglesia, que se entrega a ella para ser su víctima y su sacrificio, y que habiendo entrado en el santuario de su Padre, bañado en su sangre, asiste a su diestra para ofrecerle estas mismas oraciones, este sacrificio, que por eso es aceptable a Dios, porque es de su Hijo. Su Hijo clama por nosotros, cuando oramos nosotros; su Hijo es la víctima misma que le ofrecemos; su Hijo es el Pontífice que la ofrece en aquel ara sublime, y la presenta ante la majestad divina; Cristo es el Esposo de su Iglesia. De su costado salió durante el sopor de su muerte en la cruz, bañada en su sangre y purificada en las aguas del san-

to bautismo. Esposa a quien ama con toda la inmensa ternura de su corazón, por la que se entregó a sí mismo para santificarla y hermosarla y hacérsela semejante a sí para que fuese digna de él.

Esposo fidelísimo, que asiste a su Esposa sin separarse de ella, y la alimenta de sus carnes y la fortalece y recrea con su misma sangre; en una palabra, es para ella Pastor y pasto él solo hasta la consumación de los siglos.

Si, hermanos míos, Jesucristo, así como fué ayer Verbo eterno, artífice del Universo, es hoy Dios y hombre, reparador del mismo Universo, por la formación de su Iglesia. Reconozcamos tan inmensa bondad; aprovechémonos de tan inefables beneficios, de Jesucristo, que es para nosotros misericordia en esta vida, para ser después gloria y premio eterno. *Jesuschristus heri et hodie: ipse et in secula.*

LO QUE SERÁ JESUCRISTO

POR TODA LA ETERNIDAD

Jesuschristus heri et hodie: ipse et in secula.

Jesucristo el mismo que ayer es hoy: y lo será por los siglos de los siglos.

(S. PABLO. Carta a los Hebreos, c. XIII, v. 18.)

San Pablo, hermanos míos, que había estudiado a Jesucristo en el tercer cielo, y que se gloraba de no saber otra cosa, que Jesucristo, mirando como superfluo todo otro estudio, se aplicaba, sin embargo, a conocerlo más y mejor cada día, y tenía en poco todo lo que había adelantado en la ciencia de Cristo, comparado con lo que le restaba saber. Si pues, el Santo Apóstol no se daba por satisfecho, ni se tenía por consumado en esta ciencia, ¿qué pensaremos de nosotros mismos? Por eso penetrado yo, católicos, de la importancia de la ciencia de Cristo, que es el fundamento de la vida eterna, asombrado de su

profundidad, sublimidad, anchura y longitud incommensurables á todo humano entendimiento, y admirado de los nuevos tesoros que se descubren en Jesucristo, á medida que lo vamos estudiando y conociendo mejor, puesto que en el están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, no me cansaré jamás de explicaros algún punto de esta doctrina; doctrina cristiana, por excelencia, deseando con San Pablo á los de Efeso, que lleguéis á cobrarle afición, y os apliquéis á sentir el amor infinito, la dulzura inexplicable que encierra en sí este estudio, llenándoos de toda la plenitud de Dios. *Ut impleamini in omni plenitudinem Dei.* Así es, hermanos míos, que para completar el estudio acerca de Jesucristo, siguiendo la grandiosa idea del Apóstol de las gentes, consideremos lo que será Jesucristo por toda la eternidad (1). Para ello necesitamos la luz de la Divina gracia. *Ave María.*

Cuando se acabe el tiempo, hermanos míos, Jesucristo será por toda la eternidad, el mismo que ha sido desde antes y hasta el fin de los siglos, *ipse et in secula.* De los cielos descenderá su esposa la Iglesia triunfante ya, como se le manifestó á San Juan, tan ataviada y tan bella, tan pura y amorosa, como la esposa viene á recibir á su esposo en el día de sus desposorios. Porque en todo este tiempo, que vive en la tierra, suspira continuamente por aquel dulcísimo beso que de sus divinos labios recibirá entonces cuando vuelva su Esposo de juzgar á los hombres sobre tronos de inmensa gloria rodeado y servido de millones de ángeles, como le vió Daniel, y acompañado de todos los predestinados se presente ante el antiguo de días, que es su Padre, y reciba de él el poder y el honor y el reino: *Dedit ei potestatem et honorem et regnum.* Poder eterno, que nadie arrancará jamás de sus manos, con el cual pondrá á todos sus enemigos bajo de sus pies, sin que puedan jamás rebelarsele, encerrándolos en los abismos, y entregándolos á los ángeles prevaricadores, que serán eternos ministros de su justicia. Hasta entonces sirvieron como instrumentos y como aprovechan los tablonces de los andamios para la construcción y perfección de su obra; entonces, ya inútiles, serán arrojados sin resistencia al fuego inextinguible. Hasta entonces pelean unidos los reyes de la tierra y los príncipes de las tinieblas contra el Señor y contra su Cristo, y se creyeron á veces triunfantes y cantaban ya la victoria; entonces Jesucristo desde el cielo á la diestra de su Padre se burlará de ellos, cuando vean frustrados todos sus pro-

(1) Véanse los dos sermones anteriores.

yectos y aniquiladas para siempre sus fuerzas. Entonces les hablará en su ira, y los aterrará en su furor; les dirá con voz de majestad y de espanto: Veisme aquí constituido rey por mi Padre, rey sobre Sión, monte santo suyo, en el más sublime trono de su gloria. Oid su decreto irrevocable; oid su voluntad, la palabra que me dirige. Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado. Pídemelo, ahí tienes á tu disposición las naciones y pueblos de todos los siglos; tuya es la tierra y todos sus linderos del Bóreas hasta el Austro, de occidente á oriente, todo es tuyo, gobiérnalos con cetro de hierro, desmentúzalos, pues no quisieron someterse al suave gobierno de tu cayado, y despreciaron las propuestas de paz que les hiciste para su bien. Tal será el poder de Cristo después de los siglos. Y ¿cuál será el honor con que lo engrandecerá su Padre? Honor dado por Dios, honor que da á su Hijo, Dios como su Padre. El que estaba sentado en el trono, dijo: He aquí, todo lo hago nuevo; que es decir, que para estos desposorios de Cristo, para este reino suyo de majestad y gloria se crían, como dice Isaías, nuevos cielos y nueva tierra; y si tales son los que crió para que fuesen el alcázar y palacio de su Hijo, cuando éste venía pobre y humilde, y como de incógnito, ¿qué serán aquellos cielos nuevos, aquella nueva tierra, morada eterna de la justicia, que nos hace esperar San Pedro? Cielos y tierra dignos de Jesucristo glorioso y triunfante, y proporcionados á su divina exaltación y triunfo. Si tal salió esta obra de sus manos cuando la crió, ¿cómo será cuando la retoque? Todas sus partes, todas las criaturas recibirán nuevas perfecciones, y los ángeles y los predestinados viéndolas á otra luz, descubrirán en ellas gracias y primores inexplicables. Y así como en las criaturas racionales no aparecerá desorden alguno, apurada la maldad de los pecadores, así brillarán las insensibles y las animadas sin menoscabo ni imperfección alguna. Tal será la carroza de Dios para su hijo Cristo, en la que le harán corte millares de millones de espíritus sublimes y de almas bienaventuradas, que alegres sin temor ni recelo de mal alguno, poseerán con júbilo celestial sin fin á su amor Jesucristo. Allí enjugará este amorosísimo Esposo las lágrimas de su esposa; allí la esposa embelesada con la belleza divina de tal Esposo, olvidará los trabajos y angustias, los dolores y peligros que sufrió en Babilonia, en casa de sus padres. El Esposo la amará tiernamente enamorado de la hermosura y dotes con que la ha ennoblecido, y las almas felices seguirán á su Rey en contento y regocijo eterno. Este será el reino de Cristo en el fin de los siglos y por toda la eternidad.

Reino suyo, porque lo ha conquistado con su preciosa sangre, reino que pondrá á disposición de Dios y su Padre, ofreciéndole al

pie de su trono los despojos de sus triunfos: encadenado el demonio, el mundo vencido, destruido el pecado, y, por último, acabada la muerte. *Novissima autem inimica destruetur mors*. Reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de todas tres personas en una sola esencia, en el cual se cumplirá con toda perfección de un modo que ahora no podemos penetrar, lo que pedía Jesús en el cenáculo a su Padre, en la víspera de su pasión: que todos sus escogidos fuesen uno, como tú, Padre mío, decía, estás en mí, y yo en vos; del mismo modo ellos con nosotros sean uno como lo somos vos y yo. Yo estaré en ellos, y vos en mí, para que haya una unidad perfecta y consumada: *ut sint consummati in unum*. De esta suerte Dios será en todas las cosas, y Cristo lo será todo en todos sus escogidos: porque ni las almas poseerán cosa alguna fuera de Dios, y Dios será para ellas todas las cosas que ellas pueden imaginar y apetecer: *Erit Deus omnia in omnibus*. Cristo será todas las cosas para todos, porque así como su Padre se conoce en él, y el Padre y el Hijo se aman en el Espíritu Santo, á ese modo aquellas almas, que no pueden entrar en parte de las operaciones de Dios dentro de sí mismo, las imitarán divinamente, conociendo á Dios en el entendimiento de Cristo, amando á Dios en la voluntad de Cristo; y esta alma divina, unida hipostáticamente al Verbo, será el medio proporcionado por el que se hará la unión íntima que ha de haber entre Dios y Cristo, entre Cristo y su Iglesia y entre Dios y la Iglesia misma: *Omnia et in omnibus Christus*.

¡Templo de Dios, atrio de la naturaleza, santuario de la gracia, tabernáculo de la gloria, todo para Cristo. Jesucristo ayer, Verbo eterno, Artífice del universo. Jesucristo hoy, Dios y Hombre, reparador del universo por la formación de su Iglesia. Jesucristo por todos los siglos, vencedor de todos sus enemigos y rey y Señor, Dominador pacífico y eterno de todo lo criado! ¡Ay, Redentor y Padre de nuestras almas! Tú fuiste ayer para nosotros Criador; tú eres hoy para nosotros Redentor. Sé tú para nosotros glorificador por toda la eternidad. Amén.

DE LA ENCARNACIÓN DEL VERBO

Dedit eis potestatem filios Dei fieri.
Les dió poder de ser hechos hijos de Dios.

(S. JUAN, c. 1, v. 12.)

Aunque el hombre por su naturaleza sea inferior á los ángeles, ha sido, no obstante, elevado por gracia á tal grado de exaltación y de grandeza, que excede, en cierta manera, la perfección y dignidad de aquellas sublimes inteligencias. En efecto, hermanos míos, gloria incalceable es la del hombre el haber recibido el privilegio de llamarse con toda verdad hijo de Dios, viniendo á ser, por adopción, lo que Jesucristo por naturaleza. Elevación incomprensible cuyo origen y principio es el misterio augusto de la encarnación del Verbo. Esta es la verdadera escala, figurada en la de Jacob, por la cual descendió hasta nosotros, asociándonos á su naturaleza divina y dándonos la potestad de ser sus hijos. Pues al modo que los mares y los ríos, según la comparación de un sabio, unen á las naciones más remotas, haciendo pasar las riquezas del Oriente al Occidente, y las del Aquilón al Mediodía, para que sean comunes los bienes del universo; así el Verbo encarnado, hablando con la debida proporción, vino á ser como un profundo mar de aguas saludables, sobre las cuales se eleva la nave de la Iglesia hasta lo alto de la montaña santa, emporio admirable del comercio establecido entre Dios y el hombre.

Figuraos, hermanos míos, aquellas aguas, que saliendo de los canales en que el arte las ha encerrado, conservan aún la impresión ó impulso de su primer movimiento, y suben tan altas como su origen, y hallaréis cierta semejanza de estas aguas divinas, que bebemos en las fuentes sagradas del Salvador, fuente de agua viva, que salta hasta el cielo; origen de todas las gracias, que tienen virtud de sanar, pues saliendo de este canal divino, se remontan hasta la Divinidad, de donde descienden y dan al hombre, á quien han reengen-

drado, la potestad de ser hijo de Dios: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri*.

He aquí, señores, el grande, el inefable bien concedido al hombre en el misterio adorable de la Encarnación que celebramos este día. Mas como las obras de Dios en el orden de la gracia exigen para su perfecto cumplimiento la cooperación del hombre, juzgo á propósito para vuestra instrucción exponeros, en primer lugar, lo que Dios hizo por el hombre en el misterio de la Encarnación, y en segundo, lo que nosotros debemos hacer para cumplir con los designios que tiene Dios sobre nosotros en este misterio. Imploremos la asistencia del Espíritu Santo por la poderosa intercesión de su augusta Esposa y madre nuestra. *Ave María*.

Nada más despreciable que el hombre abandonado á sí mismo; pero nada más elevado que este mismo hombre unido á Dios. A pesar del fondo de miseria que encierra, sus sentimientos de grandeza y de elevación no tienen límites. Lleno de una viva y secreta impresión de su origen, se halla en un estado de violencia mientras se considera en situación inferior al principio de donde ha descendido. Hecho á imagen de Dios, sólo en Dios puede ser feliz, y sólo Dios es capaz de saciar completamente su apetito de gloria y de grandeza. El Verbo, en efecto, halló el medio de llenar esta capacidad sin límites del corazón humano, tomando carne en el vientre virginal de María y haciéndose hombre, para que el hombre viniese á ser Dios.

El deseo, pues, que tiene el hombre de elevarse, cuando es inspirado por el amor propio, ó dirigido por los apetitos criminales, es el origen de su perdición y su ruina. Mas si este apetito de elevación y de grandeza tiene su origen en Dios y es sostenido por su gracia, conduce á la vida eterna. Así, cuando el demonio envidioso de la felicidad del hombre, quiso arrastrarle al precipicio en que él mismo había caído, despertó en su corazón el amor de su propia excelencia. Lisonjeóle con la esperanza imaginaria de ser como Dios, quitándole su verdadera grandeza por medio de una promesa falsa: *Eritis sicut dii*. Pero el Verbo divino, oponiendo las adorables invenciones de su amor á los nocivos artificios del espíritu tentador, se sirvió del mismo sentimiento de elevación, impreso en el corazón del hombre, para sacar la reparación de su infelicidad, de lo que había sido su causa. ¡Hombre inobediente y soberbio! tú te habías perdido por aspirar á una semejanza con Dios, orgulloso é independiente; pero tú serás salvo por el deseo sincero de una semejanza santa, religiosa y sumisa á este Dios mismo, cuyo secreto y medios te ha manifestado en el adorable misterio de su encarnación.

Para formar alguna idea de este misterio, no debemos perder de vista que la unión de la persona del Verbo con nuestra naturaleza es denotada por el término *unción*. Cristo en efecto significa el ungido del Señor, para darnos á entender que la naturaleza divina es como un sagrado óleo, con que la humana, para decirlo así, ha sido toda unguida y penetrada por medio de esta unión inefable; por manera que sin mutación de una naturaleza en otra, tomó el Verbo las enfermedades humanas, y al hombre se comunicaron las perfecciones divinas. De Cristo en efecto se dice con verdad que fué pobre, súbdito, obediente, pasible y mortal, sin dejar de ser inmortal, infinito, independiente, omnipotente y señor universal.

Y ¿cuál otro ha sido su designio en este adorable misterio, sino extender en el modo posible esta comunicación inefable á todos los hombres? Pues aunque la substancia de este óleo celestial sólo ha sido inmediatamente derramada sobre la humanidad de Jerucristo, que recibió la plenitud de la divinidad, sin embargo, el perfume de esta unción adorable y de esta divina esencia se extendió sobre la tierra. El vaso que contenía este precioso bálsamo se quebró sobre la cruz, para que su buen olor llenase á todo el universo por medio de la gracia de la redención, cuyo inefable misterio tuvo origen en el de la encarnación. Esta gracia, pues, es como una sutil participación de la divinidad, ó como una preciosa levadura que purifica toda la masa corrompida de Adán, cuando se le mezcla por la aplicación de los méritos de Jesucristo, de quien se revisten los que reciben esta gracia por el canal de los sacramentos y por los actos de la Religión, quedando en cierto modo divinizados. Y he aquí lo que hizo decir al evangelista, que el Verbo haciéndose carne, había dado á todos los hombres la potestad de ser hijos de Dios.

Si queréis, pues, formar alguna idea asimismo del sublime grado de gloria á que os ha elevado el misterio de la encarnación, considerad la sagrada piscina del bautismo, en que habéis sido reengendrados, á manera del seno de María, en que se concibió el Verbo divino. Aquí toma el Señor una naturaleza humana, y en el bautismo se nos comunican dones de una naturaleza divina. La operación del Espíritu Santo hizo fecunda á una virgen en el misterio de la encarnación, y esta operación misma da en el bautismo una infinidad de hijos espirituales á la Iglesia. La operación del Espíritu Santo hizo que naciese un Dios de una doncella, y la misma operación hace que nazcan espiritualmente de Dios los hombres. ¡Qué alteza! ¡qué dignidad, señores! Recibida una nueva vida en estas aguas saludables, no consideréis ya la masa impura ni la senda ignominiosa por donde se ha

multiplicado la posteridad de Adán. Vosotros no sois ya en este feliz estado hijos de ira y de miseria, porque habéis entrado en los derechos de hijos de Dios; participáis en cierto modo de sus inefables perfecciones; sois herederos de sus riquezas, y bajo este respecto no sois ya hijos de la carne y de la sangre, sino del mismo Dios.

La inefable gloria que recibe la naturaleza humana por su unión con el Verbo, se extiende sobre la posteridad de Adán, que viene á ser en cierto modo la familia de Jesucristo. La operación divina del Espíritu Santo, que da una vida humana al Salvador del mundo, da asimismo una vida divina á todos los que renacen por su gracia en el sacro bautismo.

¿Qué más? Cuando nacemos al mundo, recibimos con la vida natural la imagen y semejanza de la Divinidad; pero al renacer por la gracia en el bautismo, recibimos el Espíritu de Dios. Marcados con el carácter inefable de hijos suyos, como hermanos de Jesucristo, coherederos de su gloria y templos vivos del Espíritu Santo. ¡Señor! *¿Quién es el hombre, ó qué has visto en él, que tanto le engrandeces (1)?*

¿Cómo es que por vuestra encarnación le habéis coronado de gloria y de honor, constituyéndole sobre todas las obras de vuestras manos? Reconoced, señores, reconoced vuestra altísima dignidad de hijos de Dios por gracia y por adopción; y si aspiráis á ser eternamente felices, corresponded con gratitud á tan singulares beneficios. Después de haber considerado lo que Dios ha hecho por el hombre en el misterio de la encarnación, es necesario meditéis bien lo que el hombre debe hacer por Dios, para corresponderle agradecido.

Con dos fines principalmente propone la santa Iglesia á sus hijos el beneficio de la encarnación del Verbo. En primer lugar, para que renueven los votos y oraciones de los antiguos patriarcas; y en segundo, para que imiten las disposiciones y sentimientos de María Santísima, cuando le fué anunciado este misterio. He aquí el modo de corresponder con gratitud á tan singular beneficio. Meditad pues en este santo día las figuras divinas, las adorables profecías de tan sublime misterio.

Esta es, señores, la ocupación digna que la Iglesia exige de vosotros, la que desea resuene en sus augustos templos, la que pone en boca de sus ministros y la que sirve de materia á sus oraciones y cánticos. Renovad pues á los pies de los altares los votos y oraciones de los santos patriarcas. Meditad aquellas admirables palabras que canta la Iglesia nuestra madre con tanta solemnidad, devoción y ter-

(1) *Psalm.* 8, v. 5.

nura á fin de inclinár á su divino Esposo, á que descienda y renazca espiritualmente en el corazón de sus hijos. Entrad, os ruego, en los sentimientos de los patriarcas, que llenos en su espíritu de la idea de tan sublime misterio, lograron recibir en la antigua ley las bendiciones de la nueva.

El Señor, en efecto, toma en las santas Escrituras el nombre de Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y quiere ser apellidado con esta bella denominación por todas las generaciones. Nombre inefable, que conviene particularmente al Verbo encarnado, cuyas más brillantes figuras fueron aquellos patriarcas. Abraham vió desde lejos el día del Señor, y fué transportado en alegría, cuando le fué revelado el gran misterio que acababa de representar tan vivamente, en el acto mismo de querer sacrificar á su hijo Isaac, en quien le habian sido hechas las promesas. Isaac le tenia presente en el espíritu, cuando engañado por el misterioso artificio de Rebeca, dió su paternal bendición á Jacob, que cubierto de pieles y de los vestidos de Esaú, representaba al vivo á Jesucristo, cubierto con la apariencia del pecado, sin incurrir en su malicia. Jacob asimismo penetrado de tan gran misterio, y estando para morir, al dar á sus hijos las bendiciones proféticas, cuando llegó á Judá, de cuya tribu debía nacer el Salvador del mundo, pronunció la célebre profecía en que le llama *Esperación de las gentes*. Lleno Moisés de esta misma idea, y queriéndose excusar de ir á la presencia de Faraón de parte de Dios, que le habia elegido para libertar de la esclavitud de Egipto al pueblo de Israel, teniéndose por indigno de tan alto ministerio, exclama: envid, Señor, al que debéis enviar; haced descienda del cielo el verdadero Salvador de vuestro pueblo y la esperanza de Israel, que nosotros deseamos.

¡Dichoso pues el cristiano, que en este día solemne renueva en su corazón con el fervor posible los ardientes deseos de aquellos santos patriarcas, diciendo con la Iglesia: ¡oh sabiduría eterna, que saliste de la boca del Altísimo, y que dispones todas las cosas con fuerza y con dulzura, ven á enseñarnos la prudencia de la salud! ¡Oh Adonai, jefe de la casa de Israel, que apareciste á Moisés entre las llamas de la zarza, y le diste la ley sobre el monte Sinai, ven á librarlos, extendiendo tu brazo omnipotente, para sacarnos de la esclavitud! ¡Oh raíz de Jesé, dada en signo á los pueblos, en cuya presencia los reyes guardarán silencio, y á quien las naciones dirigirán sus votos, date prisa á venir, y no retardes el momento feliz de nuestra libertad! ¡Oh llave de David, que abres, y nadie cierra, que cierras, y nadie abre, ven á abrir la prisión y quebrar los hierros que tienen

al hombre esclavo! ¡Oh celestial Oriente, esplendor de la luz eterna, sol de justicia, ven á iluminar á los que yacen en tinieblas y entre las sombras de la muerte! ¡Oh Rey de las naciones, piedra angular, que reunes en un mismo cuerpo la sinagoga y la Iglesia, ven á salvar al hombre que sacaste del barro para formarle á tu imagen y semejanza! ¡Oh Emmanuel, rey nuestro y legislador, deseo y esperanza de los pueblos, ven á obrar la salud que esperamos de ti, que eres nuestro Dios y nuestro único refugio!

Así debe explicarse el alma fiel que desea celebrar dignamente el adorable misterio de este día y aplicar á sus necesidades particulares estas oraciones universales de la Iglesia, y en medio de sus tribulaciones clamar al Señor con los acentos de los patriarcas y profetas. Mas para ello es preciso entrar en los sentimientos de María desde el momento en que el ángel le anunció la encarnación del Verbo en sus entrañas. Esta es la principal disposición que Dios exige de vosotros.

¡Cuánto desearía, señores, poderme elevar sobre mi propia debilidad, para trazaros una viva imagen de tan inefable misterio, fecundo manantial de las gracias y dones del Altísimo; para representaros aquel momento feliz en que el Verbo, para regocijo del cielo y de la tierra, tomó nuestra humanidad en el seno de la más pura de las vírgenes, y quebrantó las cadenas que tenían cautivo al hombre bajo el yugo del demonio!

Había ya llegado el tiempo en que el Mesías debía aparecer sobre la tierra; la casa de Judá veía trasladado á otras manos su cetro; la corona de sus reyes legítimos ceñía la cabeza de un usurpador. Todo denotaba el fin de aquellos días misteriosos que había vaticinado Daniel. La Sabiduría eterna, pródiga de sus gracias, las había derramado con profusión sobre María, para prepararse un templo digno de su habitación. Esta incomparable Virgen había correspondido con una fidelidad sin igual á una gracia sin ejemplo. Ella unía la sangre de los reyes al esplendor de las virtudes. La gracia que recibió en el primer momento de su concepción, y que siempre fué creciendo, había en fin llegado á este grado de excelencia, que debía servir de última preparación á la encarnación del Verbo en sus entrañas. ¡Qué momento, señores! Los cielos se inclinan; las nubes llueven al Justo; el Señor descendiende sobre su tabernáculo: conducido el Altísimo sobre las alas de los vientos, vuela del cielo á la tierra y nace en el tiempo el Eterno.

Considerad á María en el momento de la anunciación del ángel, penetrada de los gemidos de la naturaleza humana. ¡Ah! ¡Quién no

ve á esta miserable esclava del pecado postrarse en este instante á los pies de María, manifestándole sus llagas y esperando el consentimiento decisivo, de donde pendía nuestra redención? Avivad aquí vuestra fe para oír aquel grande fiat, ó *hágase*, aun más maravilloso que el de la creación del cielo y de la tierra; pues por medio de el vino en aquel momento á ser la verdadera madre de un Dios-Hombre, salvador del mundo.

¡Quién pudiera, señores, penetrar la santa obscuridad de esta nube misteriosa que envuelve la gloria del Altísimo! ¡Quién pudiera descubrir las operaciones del Espíritu Santo en su esposa María! ¡Quién pudiera ver á los cielos abrirse y destilar al Salvador en aquel seno virginal, como una preciosa gota de rocío que cae sobre una flor! ¡Quién pudiera ver el respeto y veneración con que recibió esta Señora aquel precioso depósito que el cielo le confiaba! ¡Con qué humildad tan profunda postrábase en espíritu ante la presencia de este Dios anonadado! ¡Con qué santa impaciencia no suspiraba por el momento feliz de dar á luz á Cristo, Sol de justicia, del cual había sido ella constituida por el Señor pura y hermosa aurora!

¡Ah! ¡luzes limitadas de nuestro entendimiento! ¡débiles expresiones del espíritu humano! ¡cuán incapaces sois para entender y expresar la dignidad, y penetrar la profundidad de estos adorables misterios! ¡Oh, cuánto sería de desear que, ocupando los ángeles el lugar de los hombres, tratasen de estos grandes asuntos de un modo digno y cual desean los fieles! ¡Pero qué digo? Haz, Señor, que cada uno de mis oyentes se hable á sí mismo. Juzga, te ruego, de lo que pasa en el interior de María, llevando en sus entrañas el precio inestimable de nuestra redención, y esperando el momento deseado de manifestarlo al mundo; juzga, digo, de su espíritu por aquel cántico admirable del *Magnificat*, en que igualmente resplandece su humildad, que su reconocimiento y gratitud á los beneficios del Señor. Ni pierdas de vista la conversación que tuvo en la montaña con Santa Isabel su prima; conversación divina, dice San Ambrosio, en que dos madres, animadas del espíritu de sus hijos, pronunciaron tantos oráculos como palabras; y he aquí lo que yo os propongo por materia digna de vuestra meditación en este día.

Así debemos preparar las sendas del Señor y disponernos á recibir la gracia de un nacimiento espiritual. Entrad pues, os ruego, en el espíritu de la religión, y para dar gracias á Dios, que os ha elevado á la altísima dignidad de hijos suyos por el misterio de la encarnación, corresponded á tan incomparable beneficio por medio del amor y de la caridad.

¡Señor! dignate dar en este momento eficacia á tu divina palabra. Ella empieza á formarte en las almas; por ella obraste nuestra creación y consumaste la obra de nuestra redención; ella encierra el germen de esta divina adopción, á que fuimos destinados por este adorable misterio. Haz, pues, que esta santa palabra prepare la tierra de nuestros corazones, á fin de que produzcan frutos de vida eterna. Tú, Señor, comenzaste tu imagen al criarnos; tú la reparaste redimiéndonos del pecado; perfecciónala santificándonos; acaba tu obra, y después de habernos hecho racionales por la naturaleza, hijos adoptivos por misericordia, santos por tu gracia, dignate hacernos participantes de tu gloria. *Amén.*

EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

*Et hoc á Domino Deus exercituum existit,
ut mirabile faceret consilium.*

Y esto salió del Señor Dios de los ejércitos para hacer maravilloso su consejo.

(ISAÍAS, c. 28, v. 29.)

Dios no ha querido manifestar á la razón humana los designios de su misericordia y los secretos de su eterna sabiduría. Un Dios anadado y revestido de la forma de esclavo, ha querido hacerse el autor de una ley nueva, que contradice todas las perversas inclinaciones de los hombres, y que propone como objeto de nuestra fe, dogmas y verdades que no puede alcanzar la humana razón. Este legislador ¿no es el problema más incomprensible, la paradoja más difícil de sostener? ¿Pero á quién ha querido el Señor manifestar los consejos de su sabiduría, haciéndole participe del misterio de su encarnación? Adoremos, hermanos míos, los altos é impenetrables juicios del Señor. El hombre sencillo, guiado por una obediencia ciega, ilustrado por una fe pura, sostenido por una confianza sin límites, convencido de que la luz de su propia razón no le ofrece sino tinie-

blas y ceguedad, ansioso de buscar la verdadera luz sólo en aquel que puede *iluminar á todo hombre que viene á este mundo* (1), es á quien se concede este beneficio. El cristiano fiel, es á quien Dios comunica hoy sus grandes secretos, revelándole el mayor de sus prodigios; pero ya que sabemos sus designios sobre nosotros, consideremos también las obligaciones que nos impone, y lo que debemos hacer para entrar en el espíritu de este misterio; y pues que en alguna manera lo hace el alimento de nuestra fe, también nos permite meditarlo, con tal que nuestra curiosidad se abstenga de toda vana investigación, y que nuestro orgullo no entre en discusiones dirigidas á otro fin: de manera que Jesucristo, que es el objeto esencial de este misterio, es hoy la antorcha que nos puede hacer sondear su profundidad. Por tanto, abandonando en esta materia las flores y los adornos de la elocuencia, me ceñiré, para alimentar el espíritu de piedad, á exponer con palabras claras y sencillas las instrucciones, los consuelos y los prodigios que encierra el misterio de la encarnación. Imploremos la asistencia, etc. *Ave María.*

Entre la multitud de atributos que forman la esencia de la Divinidad, la Religión nos habla más frecuentemente de la justicia y de la misericordia, á causa sin duda de la relación íntima é indispensable que tienen estas dos cualidades con nuestra santificación. El Profeta, hablando de estos atributos, se sirve de una comparación digna de aplicarse á la materia que me he propuesto. Supone, al parecer, que la misericordia y la verdad, la justicia y la paz han estado por algún tiempo desunidas la una de la otra, y ciertamente, considerando la situación de la naturaleza humana antes de Jesucristo, nada tiene de incomprensible esta especie de desunión entre la misericordia y la justicia; pero penetrado el mismo Profeta de los efectos de este inefable misterio, nos dice que la misericordia y la verdad se han salido al encuentro, y que se besaron la justicia y la paz. La unión de estos dos atributos es la que debemos considerar en este misterio. La justicia de Dios exige una víctima proporcionada á la ofensa y digna del ofendido, y entonces la justicia recobra todos sus derechos: el hombre tiene necesidad de un mediador, cuyo mérito y excelencia borren toda su fealdad y hajeza, y entonces la misericordia le pondrá otra vez en el goce de sus derechos. Veamos ahora estas dos ventajas en el misterio de este día.

¿Cuál es el mérito, hermanos míos, de la víctima y el precio del

(1) *Joann. c. 1, v. 9.*

sacrificio que prepara? ¿Hasta qué punto habían llegado los hombres con sus pecados? ¿No se habían precipitado en el abismo más vergonzoso? ¿No habían reunido todos los crímenes que el orgullo, la indocilidad y el desprecio podían inspirarles contra su Dios? ¿No había toda carne corrompido sus caminos, como dice el Espíritu Santo? Pero juntemos á esto el grito de todos los pueblos, de todas las generaciones de la tierra; reunamos en un mismo punto de vista la empresa temeraria de los que construyeron la torre de Babel, las infames prostituciones de los habitantes de Sodoma, las frecuentes deserciones y monstruosas ingratitudes de Israel, las extravagantes idolatrías y las ridículas supersticiones de tantos pueblos que vivían en la sombra de la muerte; penetremos en las generaciones que se sucedieron después de la venida de Jesucristo, y traigamos á la memoria las sangrientas persecuciones, los cismas, las herejías; demos una ligera ojeada sobre los desórdenes de nuestro siglo; y toda esta serie de sucesos tan extraños y horribles nos demostrará el estado en que se hallaba el mundo antes de la venida del Mesías, y los motivos gravísimos que la prepararon. Sin embargo, esto todavía no es bastante, para conocer hasta qué punto había subido la indignación de Dios contra la criatura. Ya llegaban á su colmo los ultrajes hechos á los más santos atributos de la Divinidad; se habían despreciado sus órdenes más positivas; se habían insultado sus llamamientos más tiernos y sensibles; y tantos pecados habían levantado entre Dios y el hombre una muralla de separación. ¿Quién, pues, tendrá fuerza bastante para derribarla? El hombre, dice el Profeta, es incapaz de obrar su propia redención; y hallándose cargado de pecados, y teniendo tan ofendida la Divinidad, ¿podrá constituirse por intercesor de los demás hombres? ¿Sus ruegos podrán aplacarla? En este conflicto se presenta una víctima que el hombre no conocía, y que Dios admitirá muy gustoso, revestida de todos los caracteres de una verdadera hostia inocente: santa, inmaculada y justa. Por su dignidad, es igual en todo á la dignidad que aplaca, y tan superior á la ofensa, que aunque se hubiera multiplicado infinitamente más, nunca se hubiera extinguido ni agotado su mérito. La excelencia de su naturaleza no la dispensa de la obediencia más perfecta; y en el momento mismo que se comete el primer pecado, ya se dispone para ser inmolada. Esta hostia santa, que se ofrece en sacrificio por nuestros pecados, restituye los altares del Señor, restablece su culto, le presenta en nuestro nombre ofensas dignas de su majestad, y le forma por la virtud de su sangre adoradores en espíritu y en verdad.

Nada es más propio, hermanos míos, para realzar nuestra baja

que la idea del sacrificio de Jesucristo; pero esta idea no dará fruto, si no produce en nosotros un reconocimiento activo, realzado con la imitación más perfecta. El Apóstol nos dice, que no basta conocer los méritos de Jesucristo, sino que es preciso imitarlos. Todos los méritos que reúne su oblación se pierden, si abandonamos las virtudes, por ejemplo, la obediencia, con la cual se emprenden las cosas más difíciles y opuestas á nuestros gustos é inclinaciones; la humildad, que nos hace sacrificar las propias luces, las graeias, que hemos recibido de la naturaleza, y los frutos de nuestros propios talentos; el espíritu de penitencia, que encuentra su delicias en las obras que mortifican la carne y someten el espíritu; el fervor en la oración, que inspira la desconfianza de sí mismo y la confianza en Dios. El exigir de vuestra parte, hermanos míos, el espíritu de fidelidad y de penitencia, no es poner límites á la mediación de Jesucristo; pero estas disposiciones se conforman admirablemente con las de nuestra víctima. La reparación de todos los ultrajes que ha recibido el Padre, supone de su parte el odio de todas las prevaricaciones que podían renovarlos; pero también exige de todos los que quieren participar de los beneficios de su mediación, un odio universal del pecado. Entre todos los caracteres con que el profeta Daniel señala la venida del Mesías, se distingue principalmente su mediación. Aunque fija la época de su nacimiento y su sacrificio, los cálculos más sabios de los judíos apenas alcanzaban para determinar el tiempo de este feliz suceso; pero cuando dice: *el pecado será abolido, y la justicia será restituida para siempre* (1), ya no queda la menor duda de la época del reino del Santo de los santos.

¿Pero el profeta no podía prever que la malicia de los hombres crecería con los siglos? ¿que la corrupción llegaría hasta lo infinito? ¿Dónde está, pues, la abolición total del pecado? ¿Dónde ese reino inmutable de la justicia, que anunciaba para el consuelo de su pueblo? Este pueblo mismo ¿no es el que más se aleja de la justicia eterna, el que está marcado más visiblemente con el sello del pecado? Todo esto lo veía Daniel, hermanos míos; pero también veía el reino de la justicia y la abolición del pecado, en la disposición de la víctima que no debía conocer, amar, practicar y enseñar sino lo que fuese justo y perfectamente conforme á la voluntad de su Padre, que es la soberana justicia; lo veía en los efectos de su mediación, en los méritos superabundantes á todos los pecados, á todas las injusticias, y que encierran en sí el germen de toda justicia y de toda santidad; lo

(1) Dan. c. 9, v. 24.

veía en la fidelidad de sus escogidos, que animados bajo la mano de su gracia con sus ejemplos y estimulados con sus promesas, se dedicarían á corresponder á su elección con sus buenas obras; lo veía en esa multitud infinita de naciones, que aunque estaban separadas de su reino, debían acercarse á él por la virtud de su sangre; en ese número casi infinito de pecadores, que aunque obstinados en sus pecados, debían corresponder un día á sus invitaciones; lo veía quizá en vosotros mismos, hermanos míos, que envueltos en costumbres tan vergonzosas y criminales, y mortificados con los crueles remordimientos de la conciencia, pedís ahora por mi boca con tanta solicitud y ardor la destrucción de vuestros pecados. Probad, cristianos, con humilde docilidad que el reino de la justicia no ha venido inútilmente para vosotros; temed que el oráculo de Daniel, que predijo la abolición del pecado y el establecimiento de la justicia eterna, no se cumpla sobre vosotros de una manera espantosa, envolviéndoos en el anatema que debe confundir para siempre á los pecadores. Pero en esta solemnidad, en que todo respira consuelos, no debemos hablar de otra cosa que de los designios de misericordia del Dios que anunciamos, porque si la mediación llena con respecto á Dios todas las miras de su justicia, también obra con relación á nosotros prodigios de misericordia y de reconciliación. Por tanto me represento á Jesucristo bajo el título de un mediador perpetuo, ocupado en pedir por nosotros favores que no podríamos alcanzar jamás. Si, hermanos míos, Jesucristo ruega por nosotros, y á la dignidad de su persona junta todos los títulos capaces de mover la clemencia de Dios; á saber, el título de Hijo, igual á su Padre, imagen de su poder y de su majestad, y objeto de sus delicias; el título de víctima pura y sin mancha, universal, viva, eterna y verdadera; el título de hermano, libre de la mancha que ha venido á lavar; pero lleno de la caridad que ha venido á derramar en los corazones; el título de pontífice superior á todos los que han ofrecido sacrificios, porque está más elevado que los mismos cielos; el título de amigo compasivo, que ha experimentado todas las enfermedades de nuestra naturaleza, para conocer mejor el remedio; y que aunque no ha conocido el pecado, está abrasado del amor más vivo para curar esta llaga. Dejemos otros títulos, cuya enumeración sería de mucho consuelo para otra más larga meditación; pero reflexionemos cuánto debe interesar la misericordia de Dios la mediación de Jesucristo; y si todavía queda en nuestros corazones alguna desconfianza sobre intercesión tan poderosa, elevémonos con el apóstol San Pablo hasta el santuario eterno, para ver este gran pontífice que ha penetrado los cielos, á fin de abrirnos el camino; y

que para allanar los obstáculos que pudieran impedirnos la carrera, presenta sin cesar á su Padre la sangre que ha derramado, solicitando la misericordia de la manera más eficaz y sensible. Unidos á Jesucristo por la virtud de esta sangre, hablemosle con seguridad y confianza: no temamos la voz de nuestros pecados, sino mientras que los amemos; y aun entonces conviene levantar el grito al que manda á las olas y al mar. No estáis, no, pecadores, excluidos eternamente del derecho de hablar en nombre de Jesucristo. Si conocéis que no ha venido para los sanos, sino para los enfermos, manifestadle vuestras llagas; presentádselas al que ha venido á curar las enfermedades de Israel, y no temáis por esto su indignación. Si, vuestro Dios no ve ya en estas llagas la corrupción, si procuráis rociarlas con la sangre de Jesucristo; ya no os echará en cara como en otro tiempo á Babilonia, que habiendo tentado la curación, no ha podido conseguirla.

¿Qué diferencia, hermanos míos, entre el hombre abandonado á sí mismo, sin otro apoyo que su propia debilidad, ni otros títulos para con Dios que la muchedumbre de sus pecados, ni otro intercesor que el grito de sus injusticias; qué diferencia, digo, entre este hombre y el cristiano, que habla en el nombre de Jesucristo, que se cubre con los méritos de Jesucristo, y que se apoya para con Dios sobre todos los derechos de Jesucristo! El primero, si consulta su propio corazón, no oye otra cosa que una voz de muerte; el segundo, si atentamente escucha la voz de su Mediador, está seguro de oír las palabras de vida. Aquél lleva en su corazón la prenda de su reprobación eterna; éste halla fuera de sí fuentes de agua viva, que resaltan hasta la bienaventuranza. El hombre abandonado á sí mismo no tiene derecho sino á la muerte y á la perdición; el cristiano revestido de Jesucristo lo tiene á la resurrección y á la vida. Así el último efecto de misericordia que produce la encarnación del Verbo, es mover al Señor para que atienda nuestras oraciones, para que se compadezca de nuestras desgracias, y para que alivie nuestra indigencia; y esto es lo que le hacía decir á San Pablo: *lo puedo todo en aquel que me fortifica* (1). ¿Quién hubiera jamás imaginado, hermanos míos, que una criatura frágil, impotente, pecadora, víctima mil veces de su flaqueza, pudiese hablar de esta manera? Pero basta conocer el misterio que le autoriza, para saber que podía expresarse así. Todo lo puedo, no por los esfuerzos de mi propia naturaleza; no por los efectos y la dignidad de mi oración, no por el mérito y el crédito de mis obras, sino por el poder y la disposición del Dios á quien invoco. Sé que mis súplicas

(1) *Philip.* c. 4. v. 13.

han de ser bien atendidas, porque se apoyan sobre méritos que les han de dar eficacia, y que reparan toda la injusticia de mis deseos e inclinaciones.

Por tanto, hermanos míos, es indispensable que nos penetremos de esta verdad, siempre que nos hayamos de dirigir al Señor. La confianza es el alma de la oración: ella no vive, y por consecuencia no puede llevar frutos, sino cuando está animada por este motivo. El conocimiento de un Dios hecho hombre es el principio de esta vida de la oración; y así pensad, cristianos, sobre la utilidad de este estudio, y considerad cuán insensato es el que no procura instruirse en este misterio. ¿Qué fruto podrá esperar de sus súplicas? ¿Qué motivo encontrará en sí mismo, que sea bastante eficaz para animarle?

Entrad pues, hermanos míos, en el espíritu de este misterio; unámonos con un corazón bien dispuesto á aquel, que hoy se ha hecho nuestro mediador y nuestra víctima; puestos á los pies del trono de la misericordia, dejemos que hable por nosotros este Hombre-Dios, que ha tomado nuestra carne; y penetrados de las disposiciones de dependencia y de sacrificio que manifiesta á su Padre, digamos con él y por él: Dios mio, vos habéis desechado todas las oblações, reprobado todos los sacrificios y desconocido todas las víctimas; aquí hay una que no la desconoceréis, porque la habéis escogido Vos mismo. Vos le habéis formado un cuerpo, y héchola propia para el holocausto; habéis formado sus oídos, y los habéis perfeccionado, haciéndolos dóciles á vuestra voz; por tanto, Dios mio, preferid esta obediente hostia á tantos holocaustos insuficientes, que se ofrecen por el pecado; ved, Señor, cómo habiendo dicho en el principio: *he aquí que vengo para hacer la voluntad de Dios*, lo ejecuta en la plenitud de los tiempos, y lo continuará hasta la consumación de los siglos. Vos sois su Dios, y esta víctima adorable no hará más que obedecer vuestros preceptos. Por esto pondrá vuestra ley en medio de su corazón, y reformará mi rebelde indocilidad. Desde sus primeros pasos anunciará vuestras justicias, y sólo callará cuando las haya dado á conocer á todos los pueblos, horrando de esta suerte todos mis pecados. Vos, Señor, sois el que ha de desatar la lengua de este Niño, que hoy hace su entrada en este mundo; sus labios publicarán vuestras grandezas, nos enseñarán vuestras verdades en el tiempo, y nos revelarán vuestra salud y vuestra gloria en la eternidad. Así sea.

LA NATIVIDAD DE JESUCRISTO

Et hoc vobis signum: Invenietis Infantem pannis involutum, et positum in presepio.

La señal en que conoceréis al Salvador que os ha nacido es ésta: Hallaréis un Niño envuelto en unos pañales, y puesto en un pesebre.

(SAN LUCAS, c. 2, v. 12.)

¿Es verdad que el Hijo de Dios destinado para salvarnos, que el mediador de los hombres, y el Hijo único del Padre manifestándose y viniendo al mundo, debió ser reconocido por los pañales en que estaba envuelto, y por el pesebre en que estaba reclinado? ¿Es verdad que éstas debían ser las señales de su venida, y que el Mesías, de quien los Profetas tan magníficamente habían hablado, el Mesías enviado de Dios para tan importante designio, no debía distinguirse en su nacimiento sino por la humildad y la pobreza? Esto es, hermanos míos (dice San Agustín), lo que ocasionó el escándalo de los judíos. Ellos esperaban un Salvador, pero suponían que este Salvador vendría con el esplendor de la Majestad; que sería rico, poderoso, feliz, que restablecería visiblemente en la tierra el reino de Israel, y que colmaría á sus vasallos de bienes y prosperidades. Preocupados con estas esperanzas, se les anuncia que el Salvador había nacido en la obscuridad de un establo, y esto es lo que no solamente los turbó, sino que los ha exasperado y rebelado. Este mismo escándalo ha cundido hasta la cristiandad. La niñez y el pesebre de un Dios son el motivo por el que entre los cristianos ha empezado la infidelidad de la herejía. Quitadme, decía el impío Marción, como refiere Tertuliano, quitad allá esos pañales y vergonzosas envolturas, y el pesebre indigno del Dios que adoro: *Aufer á nobis pannos, etc., dura presepio*. Así hablaba aquel heresiarca, tan injusta y falsamente preocupado contra las hajezas aparentes de Jesucristo al na-

cer. Esto que escandalizó á los judíos, y que ha servido de fundamento al error de los primeros herejes, es lo que aun en el día nos turba y altera. Porque esta es la señal, que nuestro orgullo rechaza interiormente, esta la que ofende nuestro propio amor y contra la que se rebela, esta la que aun nuestra razón misma tiene dificultad en no reprobar; y, en una palabra, esta es la señal que debe ser, según el Profeta, y que será siempre para el mundo un motivo de contradicción: *Signum cui contradicetur* (1). No obstante, hermanos míos, á esta señal está unida nuestra salvación, y de ella dependen los frutos de gracia que debemos sacar de este misterio. Obligación es mia justificar (si se me permite hablar así) esta señal digna de nuestras adoraciones.

Todo mi designio consiste, pues, en manifestar la conformidad de esta señal con la cualidad del Salvador, y su virtud en los milagros que ha obrado desde el nacimiento del Salvador. Saludemos antes con veneración y respeto á la Virgen Madre del recién nacido Jesús. *Ave Maria*.

Es verdad, hermanos míos, que el santo y glorioso Niño, cuyo nacimiento celebramos, estaba prometido al mundo en cualidad de Salvador; pero, según los principios de la fe, no había de serlo, y aun en el orden de la justicia, no lo podía ser sino con dos condiciones; la una de expiar el pecado, y la otra de reformar al hombre pecador. Era, pues, necesario que Jesucristo para obrar esta salvación, y hacer el oficio de Salvador, esto es, de mediador entre Dios y el hombre, diese á Dios por una parte toda la satisfacción que se le debía, llevando sobre sí la pena del pecado, y por otra corrigiese en el hombre los desarreglos y desórdenes de la culpa.

Pasemos con el espíritu hasta Belén, y á ejemplo de los Pastores, contemplando con los ojos de la fe lo que allí vemos hoy y lo que Dios nos manifiesta, procuremos formarnos la idea de uno de los más grandes misterios de nuestra religión.

Como Salvador, el Hijo de Maria debía expiar el pecado y ser la víctima de él. ¿Pues, podía á este fin manifestarse al mundo en un estado más conveniente, que aquel en que la Providencia le hizo nacer; ó, por mejor decir, que aquel en que por su propia elección quiso nacer? En el establo de Belén, fué donde abrasado de celo por los intereses de Dios, dió fin á los antiguos sacrificios, y como soberano sacerdote de la ley de gracia, instituyó uno nuevo; aquí fué

(1) *Luc. c. 2, v. 34.*

donde sirviéndole el pesebre de altar, hizo á Dios por la primera vez la oblación solemne de su persona. Aquí fué (como dice el sagrado Texto) donde sirviéndole su humanidad de tabernáculo, y de tabernáculo vivo, no hecho por manos de hombres, sino por obra del Espíritu Santo, se dejó ver, no bañado con sangre de animales que se sacrificaban, sino con su propia sangre. Aquí fué donde se constituyó en la obligación de ser el Cordero de Dios, aquel Cordero sin mancha, que por sí mismo y á su costa debía satisfacer á la justicia divina.

Si, hermanos míos; en su santo nacimiento, este Verbo hecho carne, empezó el sacrificio que había de consumir en el Calvario. Venía á reparar con sus humillaciones y abatimientos todos los ultrajes, que el orgullo y soberbia de los hombres habían hecho y habían de hacer en lo sucesivo á Dios. Venía á restablecer el imperio del Señor, dándole toda la gloria que el pecado le había quitado, á fin de atraer sobre la humanidad la plenitud de las misericordias celestiales. Venía á expiar todos nuestros delitos, nuestras rebeldias contra Dios, nuestras desobediencias á su santa ley, nuestras obstinadas resistencias á las divinas inspiraciones, nuestras ingratitudes para con Dios, y nuestra tibieza y relajación respecto á su culto. Venía á pagar las muchas deudas de que éramos responsables á la justicia de Dios, y ved lo que nos anuncia con la señal de su pobreza, de su humildad y de su mortificación: *Et hoc vobis signum*.

Y, en efecto; ¿qué otra cosa nos enseña este estado pobre á que se reduce, este estado humilde en que se manifiesta y este estado de mortificación en que nace, sino que viene á hacer penitencia por nosotros y á enseñarnos á hacerla?

Pero decidme: ¿cómo nos enseña esta penitencia? ¡Ah! cristianos, elevad vuestro espíritu sobre las aparentes bajezas de este misterio. El llora nuestros pecados, que nosotros mismos no lloramos, y los llora más amargamente, porque nosotros no los lloramos. Misterio es éste, digno de nuestra adoración, y capaz de excitar en nuestros corazones los sentimientos de una contrición eficaz y grande. Porque (observad, hermanos míos, esta reflexión de San Bernardo) si Jesucristo al nacer llora en el pesebre, no llora como los demás niños, ni por el mismo motivo que ellos: *Plorat quippe Christus, sed non ut ceteri: aut certe, non quare ceteri*. Los demás niños lloran por flaqueza, y éste llora por razón, por amor y por compasión; los demás lloran sus propias miserias y éste llora las nuestras; los demás lloran porque traen consigo la pena del pecado, y éste llora porque viene á destruir la culpa y á lavarla con sus lágrimas.

Después de haber expiado el pecado, debía salvar Jesucristo y reformar al hombre pecador, ó más bien, debía salvar al hombre pecador, y reformarle expiando nuestra culpa, y satisfaciendo á Dios por ella. *Quia natus est vobis hodie Salvator*. No miremos ni contemplemos este Niño envuelto en los pañales, como al esplendor de la Gloria del Padre, como al Criador del Universo, como al Señor de toda la tierra, como al Rey de los siglos, y como al Juez de vivos y muertos. Todo esto es; pero no acaba de nacer bajo ninguna de estas cualidades. Mirémosle como á Salvador y reformador del hombre, y veamos, si la señal que escogió para anunciarnos su venida, es entre todos los signos la más conveniente y conforme al designio que se propuso. Este es un Dios que ha nacido para salvarnos, y lo que nos perdía, ó por mejor decir, lo que aún nos pierde todos los días, vosotros sabéis muy bien, que es una inclinación y apego culpable á los honores, á las riquezas y á los placeres del siglo. Tres causas de corrupción y tres principios de la reprobación de los hombres. ¿Qué hace, pues, Jesucristo? Viene al mundo con el signo de la humildad, de la pobreza y de la mortificación. Atended, pues: digo que viene con el signo de una humildad sin límites, para oponerla á la ambición desmesurada, que nos hace solicitar los honores del siglo, y que es una de nuestras pasiones más dominantes. Digo que viene con el signo de una pobreza voluntaria, para oponerla al deseo insaciable de los bienes de la tierra y de las riquezas del siglo, de que estamos poseídos. Digo, finalmente, que viene con el signo de una entera mortificación, para oponerla á esta delicadeza y blandura, que nos corrompe, y que nos hace esclavos de nuestros sentidos. ¿Puede manifestarnos mejor, que es por excelencia el Salvador, que ha de liberar á su pueblo de la esclavitud del infierno y de la tiranía del pecado? ¡Oh adorable conducta de nuestro Dios! Si este Dios Salvador se hubiera manifestado al mundo con señales opuestas á las que tomó para declararnos su nacimiento, ¿nos hubiera jamás persuadido estas grandes verdades, á que por nuestra confesión propia está ligada y unida la salvación nuestra? Me explicaré. Si hubiera tomado por señal de su venida, en lugar de la obscuridad del establo y de la pobreza del pesebre, el esplendor y la gloria, la opulencia y comodidades de la vida ¿nos hubiera jamás persuadido la humildad y pobreza de corazón, y el desapego y aborrecimiento de nosotros mismos? Y reflexionándolo según otros respetos, sin persuadirnos todo esto, ¿nos hubiera salvado? Viéndole rico y con abundancia, viéndole sobre el trono y con grandeza, y viéndole con ostentación y pompa, ¿nos hubieran movido las máximas de su Evangelio, del Evangelio digo,

que había de condenar nuestro propio amor? Por más lecciones que nos hubiera dado para el desprecio y renuncia del mundo, ¿le hubiéramos creído? Por más seguridades que nos hubiera dado de la felicidad de los que padecen y lloran, ¿nos hubiéramos fiado de sus palabras? ¿De su doctrina no hubiéramos apelado á su ejemplo? Y aunque la consecuencia de su ejemplo á su doctrina no fuese justa respecto de nosotros, ¿tendríamos tanta equidad que no nos valdriamos de ella?

Porque en fin, amados oyentes míos, aunque discurremos como queramos, esta señal de la humildad de un Dios confunde hoy á pesar nuestro todo el orgullo del mundo; y por poca Religión que nos haya quedado, es imposible que á la vista del Pesebre, mantengamos la enorme contradicción que se halla entre esta soberbia del mundo y nuestra fe. Que un judío, ó un pagano, se entregue á los descos de una ambición desarreglada, no me admira: pues es una consecuencia natural de la incredulidad del uno y de la vanidad del otro; pero que un católico, que profesa adorar un Dios humillado y anonadado; digámoslo mejor; que un católico, que en la persona de su Dios profesa adorar la misma humillación y abatimiento, sea en su propia persona idólatra de los honores del mundo, ni piense sino en proporcionárselos, ni tenga otra mira sino el aumento de su fortuna, ni pueda sufrir cosa superior á él; se glorie de aspirar á todo, no se cina jamás, ni ponga término á sus pretensiones, y diga siempre en su corazón: *Ascendam* (1). ¡Que un católico, digo, con la fe de este gran Misterio que celebramos tenga el corazón lleno de estos sentimientos, haga de ellos la regla de su vida, y se crea prudente y hábil por seguirlos! ¡Ah! amados oyentes míos: estas son contradicciones que no comprendo. Pero ¿de qué nacen estas contradicciones, sino de una oposición secreta á este venerable signo de la humildad de un Dios que nace? Si esta señal hallara en nuestros espíritus toda la docilidad que pide la fe, estas contradicciones se acabarían, y nuestra ambición se destruiría para siempre. En el instante que esta señal destruya en nosotros la ambición, no podemos ya dudar que es la señal de un Dios Salvador.

Esta señal de la pobreza de un Dios, confunde la ciega codicia de los hombres, y no hay rico alguno del mundo, que, como aún le quede un poco de religión, no se turbe hoy, no se sobresalte, y no esté consternado con este pensamiento: el Dios que yo adoro ha venido á salvarme, renunciando las riquezas, y su pobreza es la señal que me ha dado de mi salvación.

(1) *Isai. 14, v. 14.*
MISTERIOS. TOMO I

Esta señal de la humildad de un Dios, confunde hoy la blandura y delicadeza del mundo, y no hay alma alguna, por sensual que sea, y por poca capacidad que tenga para recibir las santas impresiones de la gracia, que aplicándose esta señal, y considerándola, no se avergüence de sus delicadezas, y aun las renuncie para siempre. Si hubierais venido, oh Dios mío, para ser el Salvador de los Angeles, puede ser que esta señal no hubiera sido propia para ellos; pero era muy propia para hombres soberbios, llenos del amor de sí mismos, y dominados y corrompidos con la avaricia: *Et hoc vobis signum*. Esta señal del Pesebre (dice Tertuliano) respecto de mi Dios parece indigna de su grandeza; pero lo que me parece indigno de él, es necesario para mí: lo que en la apariencia causa su confusión, es el remedio de mis culpables vanidades, y lo que es la señal de su abatimiento, es el Sacramento de mi salvación.

Verdaderamente, hermanos míos, juzgando por la experiencia y por lo acaecido, nunca Dios (aun siendo como es tal) ha dado á los hombres señal más eficaz, ni de virtud más admirable, que la que nos da en el nacimiento de su Hijo. Porque, no obstante las oposiciones y contradicciones del mundo, esta señal ha santificado el mundo y todos los estados de él. Milagro de que no quiero más prueba que el establo de Belén; pues en él, á pesar de la infidelidad del mundo, esta señal de la infancia de Jesucristo llenó á los ignorantes y sencillos de la ciencia de Dios, y redujo á los sabios y doctos á la obediencia de la fe; en él, á pesar de la codicia del mundo, esta señal de la pobreza de Jesucristo hizo á los pobres amar su miseria, y á los ricos desprenderse de sus riquezas; y en él, á pesar del orgullo del mundo, esta señal de los abatimientos de Jesucristo ha elevado en el orden de la gracia á sujetos viles y despreciables, y ha persuadido á los grandes y poderosos del siglo á hacerse pequeños y humildes delante de Dios. Aclaremos estos pensamientos: ¿Qué habéis vosotros comprendido, cuando he dicho que el mundo está santificado en todos los estados, sino estas mudanzas del todo divinas y estos efectos sobrenaturales que ha obrado el nacimiento del Hijo de Dios, en tantos estados y clases como dividen al mundo? Esto es, que la sencillez está ilustrada, y la prudencia humana obligada á renunciar á sus propias reflexiones; la pobreza tenida por felicidad, y la opulencia consagrada á la piedad y á la Religión; la hajeza y vileza hecha capaz de servir á Dios de instrumento para las mayores empresas, y la grandeza sujeta á Dios por la gracia del Evangelio y dedicada al culto de Dios. Estas son las maravillas que nos descubre evidentemente el establo de Belén, por una parte en los Pastores, y

por otra en los Magos; y esto es también lo que yo llamo el milagro de la santificación del mundo. En los Pastores vemos hombres groseros, que han llegado á ser espirituales é inteligentes; y en los Magos, hombres inteligentes y espirituales que han llegado á ser dóciles y fieles: los Pastores pobres dando gloria á Dios y teniéndose por ricos; y en los Magos unos ricos pobres de corazón, que se despojan sin dificultad de sus tesoros: en los Pastores, sujetos despreciables según el mundo, por escogidos para ser los primeros Apóstoles de Jesucristo; y en los Magos, grandes de la tierra humillados y postrados á los pies del recién nacido Mesías. Milagro que subsiste, y que desde el establo de Belén se ha esparcido por otro nuevo milagro en todo el mundo católico. Milagro que va á manifestaros la virtud poderosa de esta señal, con que el Angel anuncia hoy la venida del Salvador: *Natus est vobis hodie Salvator, etc., hoc vobis signum*. Atended á esto, amados oyentes míos, que todo ello contiene en sí instrucciones muy sólidas é importantes.

Sencillos é ignorantes (que pues Jesucristo en el Misterio de este día les ha dado la preferencia, llamándolos los primeros á su cuna, es justo empezar por ellos), sencillos, iluminados por Dios, y pobres dando gloria á Dios, y creyendo ser ricos en su estado, es lo que se manifiesta en los Pastores, y lo que la señal de la pobreza de Jesucristo obró divinamente en sus personas. Ellos pasaban la noche (dice el Evangelista) en guardar sus rebaños, cuando de repente se vieron rodeados de una luz celestial que los sorprende: *Et claritas Dei circumfudit illos* (1). Admirados de esta claridad, y conmovidos interiormente, se dicen los unos á los otros: Vamos, veamos lo que ha sucedido, y sepamos lo que el Señor quiere manifestarnos aquí. Vienen á Belén, entran en el establo, y descubren al niño en el Pesebre, y á vista de esta señal, comprenden que aquel es el Verbo de Dios, el Verbo increado, pero hecho hombre para salvar á los hombres: *Videntes cognoverunt de Verbo, quod dictum erat illis de puero hoc* (2). Atended á esto: la señal del Pesebre no les altera, no les ofende, no les escandaliza; antes por el contrario, por ella distinguen y discernen el don de Dios, y por ella se sienten movidos á bendecir, y alabar al cielo. Ellos miran á este Dios que nace, no sólo como su consuelo, sino como su gloria; se creen honrados y felices en ser á él semejantes, y descubren en él su felicidad y las muchas prerrogativas de su estado. Movidos de esta señal adoran en Jesucristo la pobreza, que hasta entonces había sido el motivo de sus disgustos y quejas.

(1) Luc. 2, v. 9. (2) Luc. c. 2, v. 17.

Ellos se vuelven llenos de alegría, contentos con lo que son, y llorando la suerte de los ricos de Jerusalén en lugar de envidiarla; y dichosos, pues por pobres han sido escogidos por Dios, pobre como ellos, por primicias de su redención: *Et reversi sunt glorificantes, et laudantes Deum* (1). Aun no se contentan con haber conocido á este Dios pobre, sino que le anuncian en todas partes, publican las maravillas de su nacimiento, y todos los que les escuchan quedan absortos y admirados: *Et omnes qui audiverunt mirati sunt* (2). ¿Qué es todo esto, pregunta San Juan Crisóstomo? ¿Por qué medio estos Pastores han llegado en un instante á ser tan sabios y espirituales? ¿De dónde les ha venido este don de penetración y esta ciencia de Dios de que están llenos? ¿Cómo la han adquirido tan presto, y dónde han aprendido el secreto de comunicarla á los demás con tanta facilidad y perfección? ¡Ah! hermanos míos; reconozcamos en esto la providencia, y tributémosla con corazones dóciles las veneraciones y respetos de nuestra fe. Todo esto es maravilloso efecto del Pesebre del Salvador; advertid cómo ha sido y atended con gusto á esta doctrina tan esencial de la religión cristiana que profesáis.

La pobreza (dice San Bernardo) abundaba en la tierra, pero se ignoraba su valor, no obstante que de ella dependía la salvación de la mayor parte del mundo; pues en el orden de los consejos de Dios, á la mayor parte del mundo había de tocar la pobreza, como su parte y herencia. ¿Qué hace, pues, Jesucristo? Viene á enseñar al mundo cuánto debe estimarla. La pobreza era un tesoro oculto que los hombres poseían sin conocerle, ó, por mejor decir, que los hombres mundanos y carnales enteramente poseían á pesar suyo y contra su voluntad, y viene á darles una justa idea de ella y á manifestarles su valor. En efecto, apenas se manifestó con las preciosas señales de la pobreza, cuando se hallaron los hombres, aunque carnales, persuadidos del precio inestimable de este tesoro, gozosos por haberlo hallado, prontos y dispuestos á dejar y desposeerse de todo por asegurar su posesión, y alabando á Dios por haberle llegado á conseguir. Hablemos con más claridad. La pobreza abundaba en la tierra, pero (como añade San Bernardo) no era ella la que había de beatificar á los hombres, ni darles derecho para la herencia del reino de Dios. ¿Qué pobreza era la que reinaba en la tierra? Una pobreza que sentían, de que se avergonzaban y de la que murmuraban; y la que nos había de conducir al reino de Dios, había de ser una pobreza aceptada con sumisión, tolerada con resignación y convertida por un santo uso de

(1) *Luc.* v. 20. (2) *Ibid.* v. 18.

ella en bendición. Esta es, pues, de la que el Hijo de Dios levanta hoy bandera, proponiéndonos la señal de su Pesebre; y bien sabéis con cuánto fervor y celo se han alistado muchos y seguido este estandarte.

Salgamos del establo de Belén, y por otra prueba aún más clara y casi evidente, quedemos convencidos de esta verdad. ¿Quién ha hecho en la Iglesia de Dios tantos pobres voluntarios, cuya santidad, igualmente que su profesión, es aun en nuestros días la gloria y ornamento de la Cristiandad? La consideración del Pesebre de Jesucristo. Esto es lo que ha llenado el mundo católico de tantos pobres evangélicos, que con el espíritu de la fe han tenido por una felicidad y por un gran mérito dejarlo todo y despojarse de todo. El mundo profano los ha tratado de locos, necios é insensatos; pero con la consideración del Pesebre han tenido por honor ser reputados por locos, necios é insensatos en la idea y estimación del mundo profano, con tal que hayan tenido la ventaja de ser en esto mismo más conformes á este Dios que nace. Millares de fieles, siendo muy ricos, han renunciado por seguirle toda la fortuna del siglo; hombres llenos de bienes, han preferido (á ejemplo de Moisés) las miserias de este Dios Salvador y las de su pueblo, á todas las riquezas de Egipto; virgenes ilustres por su sangre han sacrificado, por llegar á ser sus esposas, las más grandes esperanzas de establecerse en el siglo; princesas, finalmente, por hacerse en la casa de Dios humildes siervas, han abandonado y despreciado todas sus pretensiones y derechos. Este es el milagro de que nosotros somos testigos; y á pesar de la iniquidad del mundo, este milagro subsistirá siempre hasta el fin de los siglos, porque hasta el fin de los siglos habrá pobres perfectos, herederos del reino celestial, y coherederos de Dios pobre, que ha venido á mostrarles el camino y á llamarlos á sí.

Pobres, cuantos me escucháis, esto es lo que debe llenaros de una confianza cristiana y lo que debe consolaros: vosotros profesáis una religión que ensalza vuestra baja, que honra vuestra pobreza, que beatifica vuestras miserias y os descubre sus utilidades en la persona de vuestro Dios.

Escuchad, pues, por el contrario vosotros, grandes del mundo, sabios, ricos y poderosos del siglo; ved vuestra humillación y lo que os debe hacer caminar por los caminos del Señor con temor y temblor. Como la virtud de esta señal se manifestó en los pequeños, elevándolos á las más altas funciones del Apostolado, en los sencillos ilustrándolos é iluminándolos con las más vivas luces de la fe, y en los pobres enriqueciéndolos con los más preciosos dones de la gracia,

así también por un otro prodigio esta misma señal del Pesebre manifestó su virtud en los grandes, obligándolos á humillarse delante de Jesucristo; en los sabios, sometiéndolos á la sencillez de la fe, y en los ricos desprendiéndolos de sus riquezas y haciéndolos pobres de corazón. De esto tenemos la prueba en el ejemplo de los Magos, y una prueba, con la que desafío á los corazones más obstinados y endurecidos, si se aplican á profundizar y conocer toda su fuerza. Jesucristo nace en la Judea, y los Magos, esto es, los hombres sabios, los poderosos, los opulentos del siglo, y aun los reyes también, vienen desde lo más remoto del Oriente á buscarle. Después de haber dejado por esto sus Estados, después de haber tolerado las fatigas de un largo viaje, y después de haber experimentado mil peligros, llegan á Belén, entran en el establo, ¿y qué es lo que hallan en él? Un Niño recostado en un Pesebre. Pero, decidme: ¿este Niño es el Dios que ellos vienen buscando? Sí, católicos: el mismo es, y justamente por esta señal del Pesebre le reconocen. Sin deliberar, y sin examinar nada, luego que le descubren, se postran ante él, y no contentos con sacrificarle sus tesoros, ofreciéndoselos, le sacrifican su razón, adorándole.

¡Ah, católicos! Acabemos de instruirnos en este excelente modelo que Dios nos propone. Es verdad que los Magos no ven más que un pesebre y un Niño; pero la maravilla de Dios está en que esta señal de la niñez y pesebre de Jesucristo, tenga bastante poder sobre sus espíritus, para hacerles adorar en este Niño lo que parece menos digno de sus adoraciones; que haga tanta impresión en sus corazones, que pueda arrancar de ellos en un instante las pasiones más vivas, más envejecidas y radicadas; y que sea tan eficaz, que los humille bajo el yugo de la fe. A vista de esto ¿dudaremos que es esta señal, la señal de Dios Salvador? Hay más aún, católicos; yo sostengo que este solo milagro de la conversión de los Magos es un testimonio el más auténtico y manifiesto de cuanto Jesucristo hará después; y que ni los ciegos de nacimiento curados, ni los muertos resucitados después de cuatro días, serán señales más auténticas de su divinidad y de su misión, que lo que pasó en Belén; esto es, que los grandes, los ricos y los sabios del mundo se miren sometidos al imperio de Dios. Gran milagro es que hombres sencillos é ignorantes, como los pastores, lleguen de repente á tener conocimiento de los más altos misterios y estén llenos de las luces divinas; pero sin contradicción es un milagro mucho mayor, que hombres versados en las ciencias humanas, é idolatras de su falsa prudencia, la renuncien para no seguir ya sino las reflexiones y consideraciones oscuras de la fe.

Ved aquí, amados oyentes míos, cuanto ha podido obrar la señal del pesebre, y lo que aún debe obrar en cada uno de vosotros, si queréis que sea para vosotros una señal de salvación. Es menester que corrija todos vuestros errores, y que os haga seguir máximas del todo contrarias á la sabiduría del mundo; es menester que apague el fuego de la avara codicia que os consume, y que os liberte de toda afición á los bienes perecederos del mundo; y es menester que contenga y refrene vuestros ambiciosos deseos, y que destierre de vuestro corazón todas las vanidades y pompas del mundo. Aplicaos, hermanos míos, á que así suceda para gozar de una eternidad bienaventurada. Esto es lo que os deseo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

NATIVIDAD DE NTR. SR. JESUCRISTO

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.

El Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros.

(JOAN. 1.)

El Verbo divino, Hijo unigénito del eterno Padre, vivo rayo de su luz, imagen substancial de su bondad, y espejo purísimo de su eterna gloria; el Verbo divino, representado por las figuras, prometido por los Profetas, esperado por los Padres y deseado de todas las gentes; el Verbo divino, para exaltar nuestra naturaleza, para expiar nuestro pecado y sojuzgar á nuestros espirituales enemigos (¡oh poder de la gracial ¡oh prodigio de la misericordia divina!); el Verbo divino, digo, concebido hace nueve meses por obra del Espíritu Santo en las virginales entrañas de María, va á nacer dentro breves días en carne visible y en forma humana y mortal: *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.* Lanzóse del monte, según la expresión de la Escritura, lanzóse del monte sin intervenir mano de hombre, aquel